

NOTAS SOBRE EL 30 DE MAYO DE 1961¹

Eduardo Antonio García Vásquez

“Con la advertencia de que así, con relatos individuales, no se sabrá jamás la verdad por completo, les narro lo que sé de la conspiración del 30 de Mayo, menos ciertos aspectos que deben ser discutidos con algunas personas.

Eran los primeros meses del año 1959. Ignoraba, para entonces, las relaciones que el general Juan Tomás Díaz había tenido, cuando menos, en uno de los frustrados intentos por sacudir la tiranía sangrienta que ahogaba al pueblo dominicano.

Así estuvo en contacto con Rafael Ellis Sánchez (Pupito) o ya con grupos de oficiales militares, como aquel que dejó comprometido a todo esfuerzo por la liquidación del déspota al héroe mártir Pedro Livio Cedeño, sobreviviente de las ansias de libertad que alimentaron, para sólo llevarlos a la tumba o al fondo del mar, a un grupo de oficiales idealistas. Pero lo cierto es que, en su connatural estado de cara seria y palabra de buen humor, iba descubriendo sus inclinaciones a la libertad.

Hago memoria de una noche, en el Club Recreativo de Moca. Se encontraba el general, entonces comandante del Departamento de La Vega, junto a una mesa con los hermanos Rojas Badía, el capitán comandante de la plaza, y otras personas. Antonio Rojas Badía abordó temas peligrosos, de esos que acarrearían la muerte o la desaparición.

¹ Estas notas fueron redactadas por su autor en Madrid, España, en 1963, cuando se desempeñaba como embajador dominicano ante ese país, con el objetivo de servir de base a sus memorias. Desgraciadamente, esas memorias nunca fueron redactadas por lo que *Ecos* reproduce estas apuntes tal y como figuran en las páginas originales por su gran valor testimonial. (Nota de Emilio Cordero Michel).

Juan Tomás se puso de pie. Dictó al comandante de la plaza órdenes estrictas y tomó sobre sus hombros la responsabilidad de lo ocurrido. Antonio Rojas fue llevado a su casa por sus hermanos, y el general, ya en inmediato abandono del sitio, dijo *"Me puede costar la vida, pero no puedo arrostrar complicidad con el monstruo ése"* en referencia a Trujillo.

Para el año de 1959 —a principios— o a finales de 1958, el general Juan Tomás Díaz fue señalándome, entre en broma y en serio, sus inclinaciones libertadoras.

Entre sus señalamientos me dijo que grupos de dominicanos, asistidos aparentemente por ciertos sectores o esferas de los Estados Unidos, programaban introducir armas en el país y quizás realizar una expedición militar; que él no creía en incursiones armadas; que Trujillo era muy fuerte, etcétera..., siempre sin dejar traslucir claramente su postura.

Así llegó la expedición de junio de 1959, que me sorprendió junto al general Díaz en una fiesta familiar que se celebraba en su finca de Las Canas, jurisdicción de La Vega. Juan Tomás, que a la sazón era el general comandante de la Brigada de La Vega, fue llamado urgentemente y por el camino, en uno de los puestos del Ejército Nacional, se enteró de lo que estaba ocurriendo, y, ya de noche, nos marchamos todos los demás, ignorantes de la realidad de los sucesos.

Luego, frente a las noticias, quedé visitando la casa del general en la mañana, en la tarde o en la noche de cada día.

UNA VISITA Y UNA CONFIDENCIA

Al siguiente día de la expedición encontré al general Juan Tomás Díaz en su casa, en La Vega. La hora: cerca de las 2:00 p.m.

Luego de saludarle, él inició la conversación. *"Iba a llamarte. Mira, llegó una orden para detenerte a tí y a otros sindicatos como enemigos del gobierno"*. Se levantó de la silla, tomó su revólver privado, un Bull-Dog S & W, calibre 38, y me lo entregó junto al cinturón repleto de cartuchos. Luego, con aire de

preocupación me dijo: *"Irás a Moca, te presentarás en la fortaleza y pedirás ver al capitán. Dile que desde el primer día te presentaste aquí para cooperar y que ese revólver te lo di yo; agrégale que te di un arma larga y que estás a disposición del Jefe."*

En esos instantes se detuvo a la puerta un vehículo y enseguida hizo su entrada el señor Amable Castillo. Saludó y de inmediato dijo a Juan Tomás: *"Compadre, hay un rumor de que un hijo mío vino en el avión ese de Constanza. Juan Tomás le pidió el nombre, meditó un poco y le contestó: En la lista no hay un solo individuo de nombre Amable Castillo; eso no es verdad."*

Castillo se marchó y yo me quedé un rato más, agotando un whisky que nos habían servido. Habrían pasado no más de quince minutos, cuando llegó un correo militar. En una ampliación de la lista, se incluía y se daba por muerto a Jesús Amable Castillo, el hijo del compadre que acababa de inquirir por su destino.

Un momento después yo salí para Moca y cumplí el encargo y consejo del general.

Al día siguiente, Juan Tomás envió a buscarme con su conductor. Me fui a su casa de inmediato. Lo encontré en su típica posición de sentarse a horcajadas sobre una silla de comedor, con los brazos descansando sobre el borde superior del espaldar. La camisa de mangas recortadas del ejército, sueltos sus dos botones superiores. Cerca, sobre la mesa, un vaso de whisky.

Saludé con un *"¿Qué sucede?"* Y me respondió: *"Me han echado la vaina más grande."* Se levanto. Tomó un vaso. Me sirvió un whisky y rellenó el que tenía por delante. Y continuó: *"El general Bonetti fracasó y me entregan el mando... Tú sabes hasta donde llega este hombre -Trujillo- y yo no quiero mancharme con la sangre de esos muchachos... No puedo rebelarme, y ya, esta tarde, debo partir para Constanza a recibir el mando... Antes, los generales fijaban su posición por proclamas o por arengas... pero, ahora, ¿cómo?"*

Bajó la cabeza; intercambiamos ideas salidas de aquella situación terrible... y Juan Tomás pronunció más tarde en Constanza unas palabras que recogió la historia (publicación del vocero de la *Agrupación Política 14 de Junio*, de principios del año de 1962). Esas palabras no sé quien las escribió.

Con la nueva posición del general Díaz, me comprometí a mantenerme vigilante y cerca de su casa y familia. Su hija Marianela estaba casada con mi hermano menor, Bienvenido.

REVELACIÓN

Algunos días más tarde, los terribles comentarios sobre torturas y asesinatos de prisioneros, me llevaron a esperar por Juan Tomás en su casa. Para suerte, regresaba ese día de Constanza. Le hablé de los comentarios. Me tiré a fondo, diciéndole: *“Juan Tomás, ¿qué has ganado con tus escrúpulos, con hacer prisioneros en constante afán por salvar las vidas de aquellos muchachos, casi todos profesionales, si luego en San Isidro, son salvajemente torturados y asesinados?”* Comenté que el esfuerzo para evitar la sangre de esos muchachos idealistas, la orden estricta de tomarlos prisioneros, de cuidarlos, parecía cínica y terrible. Agregué que *“el pueblo dice que a esos prisioneros se les tortura y asesina en forma salvaje”*. Me contestó, *“Ya lo sé. Es verdad. No ya el viejo, sino que también el hijo, Ramfís, que parece será peor que el padre, los está masacrando”*.

Tomé de nuevo la palabra, y continuando la arrancada, agregué: *“Lo peor es que el pueblo, yo no sé de donde lo saca, tiene su esperanza puesta en ti. Se piensa que tú harás algo; que tienes que hacer algo”*.

Carraspeó... una, dos, tres veces. Se dilataron sus ojos en otra de sus características reacciones, a manera de linterna que aumenta por otras tantas veces la luminosidad de sus destellos... luego, sentado como siempre a horcajadas sobre la silla, la vista estática paralela al horizonte, habló suave, entre excusa y explicación introspectiva. Noté que mudaba el rostro, me puso la mano sobre el hombro y dijo: *“No sabes hasta donde llega este monstruo: Trujillo. Yo soy el general de La Vega, comandante de operaciones contra la invasión de Constanza, pero ¿sabes tú quien es el jefe ejecutivo de la fortaleza... Yo?”* Y apuntando en dirección de la cercana fortaleza, asiento del comando de su departamento, continuó diciendo: *“El coronel Simó. De ahí yo no puedo sacar*

nada, ni un fusil. Trujillo es peor que Satanás. Yo no puedo hacer nada y dicen que la oportunidad es calva; pero espero le nacerá un pelo y creo que no moriré sin ver la libertad, sin vivir, en libertad.”

Su exaltación, más que a mi intervención, se debía a la visita, momentos antes, de Alicinio Peña Rivera, uno de los comandantes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), encargados del terror político, quienes les eran muy odiados.

Ya, en la más de una hora que pasé allí, no atendí a otra cosa. (Por cierto, me obsequió un hermosísimo cuchillo, encontrado en poder de uno de los expedicionarios que, como preciada joya y símbolo sagrado, regalaría luego a Antonio de la Maza).

Hubo otras palabras, pero ya mi pensamiento y minutos después todo yo, corría en busca de Antonio de la Maza, que a la sazón se encontraba en Moca, para comunicarle a éste la grande nueva. De la Maza postergó su obligatorio regreso a la frontera con Haití en donde tenía sus aserraderos y, por la noche de ese mismo día, en aparente visita familiar y de amigos nos reunimos con el general Díaz, en su casa de La Vega. Juan Tomás, al otro día, fue sustituido en el comando de operaciones, por el general Mélido Marte.

UN SALÍ O ATRÁS: UN HOMBRE Y LA PASIÓN POR LA LIBERTAD

No cabe quizás en este relato ir hasta el Antonio de la Maza, Quijote-niño de la libertad, ni señalar que en el ajusticiamiento del otro tirano que padeció la república, el general Ulises Heureaux (Lilís), el más joven de los conspiradores lo fue su padre, don Vicente de la Maza.

Basta señalar que para los primeros días del gobierno de Trujillo, con apenas 16 años de edad no cumplidos, de la Maza, en compañía de un valiente, Arcadio Domínguez, quien luego fue asesinado en la cárcel, asaltó una patrulla del Ejército Nacional, dio muerte a un soldado, hirió a otros dos y se hizo de cinco rifles con los que intentó irse a las montañas a prender fuegos de

sublevación, junto al íntimo amigo de su padre, el general Pedro Estrella (Piro), quién se decía sublevado en los Amaceyes, jurisdicción de Moca.

Pero eso es un capítulo para una biografía que, junto a otros, esperan por un autor.

Luego, cuando el tirano levantaba su pedestal egolátrico, en una de las que se denominaban "revistas", Antonio empuñó una pistola que no se disparó por la intervención de un oficial del servicio de seguridad. De la Maza afirmó que iba a vengar ofensas y atropellos inferidos por un miembro del ejército, a quien creyó reconocer allí. (El disparo hubiese ido contra el pecho del entonces presidente Trujillo).

El tiempo corrió fatalmente, como siempre será; y aquel muchacho se hizo hombre en la escuela más dura; tamizado por la vida llena de azares, en regateo constante por calles, campos y cárceles. Al través del trabajo dinámico se hizo de un cuerpo fuerte para contener su alma dilatada.

Ya el respeto que cobraba su ánimo decidido adquiría fama. En los momentos más comprometidos, la intervención de personas como la viuda del presidente Ramón Cáceres Vásquez, doña Sisa, y de amigos de su familia, reclamaban el perdón del déspota.

Perfilado como de valor extraordinario, se le tenía bajo vigilancia y cuando se conoció que portaba una pistola se ordenó a un sargento, quien se acompañaba de dos soldados, que le despojara de la misma.

Se le encontró frente a la casa de mi padre, Eduardo García, y cuando los soldados iniciaron el uso de sus armas, Antonio surgió con la pistola en su diestra e inició una retirada bajo la advertencia de *"Si se mueven, les mato"*. Fue retrocediendo, pero, de un auto que se acercaba emergió el entonces capitán Andújar y varios soldados más... El capitán dijo: *"De la Maza, se nos ha ordenado pedirle su pistola, por favor entréguemela"*. Entonces, Antonio, uniéndose a la acción la palabra dijo: *"Así como caballero la entrego y me someto"*. Y pasó el arma al capitán, quien la tomó por la empuñadura. Violentemente, el capitán inició con la misma pistola, junto con la soldadesca, toda vía de hechos contra de la Maza, quién se desplomó sin sentido.

Aquí, Eduardo García, mi padre, quién reaccionaba contra el atropello intentó salir de su comercio para hacer causa común con Antonio. Su esposa, Amalia Vásquez, mi madre, evitó tal vez su muerte, al abrazarlo para detenerlo. Tras el forcejeo, mi madre inició su peor crisis de embarazo, hasta llegar al aborto. Dos meses estuvo entre la vida y la muerte y por fin se recuperó.

Esto fue el broche que me uniría en amistad indestructible con mi pariente Antonio de la Maza Vásquez, y que luego nos llevaría a forzar el restablecimiento de la amistad entre nuestros dos padres.

Luego, Antonio se hizo agricultor, bajo la protección del capitán Pilo Santelises. Tras otra crisis frente a Trujillo, ante quien le habían delatado, se convirtió en aserrador, primero en las cumbres de la medianía, allá en los Cacaos de Monción hacia adentro y, luego, en Villa Anacaona y Restauración, junto a la frontera haitiana.

En 1957, un aldabonazo trágico, el asesinato de su hermano Octavio (Tavito), por los cancerberos de Trujillo, respaldaría su natural disposición anímica por la reivindicación de la libertad (junto a mí planeó diversos atentados) con una decisión inquebrantable contra el déspota.

Lo recuerdo con nitidez. Era 6 de enero de 1957: las 5 de la mañana. Tocaron a mi puerta. Me levanté con precaución. (Ya había estado preso por motivos políticos). Abrí con el mayor cuidado. Recuerdo aquel rostro, aquella expresión. Ni un rictus, ni una lágrima... Tres palabras: *"Mataron a Tavito..."* Un silencio, un abrazo más largo que la eternidad del silencio y luego su voz de hombre solo y triste junto a mi oído, sin otra cosa más. Su voz de siempre que le definía tan bien. Me apretó fuerte y, creo que lo dijo...yo lo oí: *"¿Lo juras?"* Se separó, me miró a los ojos y creo que respondí: *"Sí"*.

Era una decisión sin forma, el compromiso de hacer sin hitos ni señalamientos en el ancho camino del tiempo.

Más tarde, al cabo de casi un mes, el mea culpa de Trujillo, en un melodrama de exaltado cinismo, con lágrimas copiosas y reversión de consciencia, gritaba a *"su hijo, al hermano de Ramfis"*, destruido por el monstruo de su servicio de persecución y

exterminio, del que no había tenido consciencia de su capacidad criminal.

Vino después la pretensión de comprar a Antonio, entregándole contratos de construcción de carreteras y cuarteles, alterados en su precio al triple y cuádruple de su valor. Personalmente lo hizo responsable de contratos de obras en la región de sus aserraderos, en donde prácticamente se le confinó. Todo aquel dinero Antonio lo tiró a manos llenas, en parrandas y francachelas, por centenares y miles dejados en manos de mujeres de la vida, quizás para que hiciera el único bien de aligerarles su despreciada misión de guardar la furia de los dragones, que amamanta esta sociedad falseada, o, lo devolvía, en prodigalidad que pasó inadvertida, a muchos oficiales, clases y rasos de un ejército que, contra su pueblo, cumplió la misión de entronizar a Trujillo. Ese dinero era maldito y manchaba y no podía procurar bienes para sí o su familia.

El siguió en su via crucis, incomprendido hasta por los suyos; fraguando quimeras. Programó atentados y llegó el día en el que se encontró al general Díaz, en el mes de junio de 1959. ¡El destino apuntó distinto desde aquel mes en la noche negra y larga del pueblo dominicano!

VOLVAMOS AL GENERAL DÍAZ

Juan Tomás Díaz quedó de comandante del Departamento de La Vega en la difícil situación que se fue creando luego del exterminio de los expedicionarios de Constanza, Maimón y Estero Hondo, cuando las montañas centrales y las playas del norte se iluminaron de esperanzas.

Eran tiempos críticos. Aumentó la represión. Pero el asesinato de aquellos valientes, de los mártires de la expedición, había abierto una brecha. Un movimiento de juventud develado a destiempo para la fructificación de sus objetivos, enarbolaba como mística la fecha del 14 de junio. Centenares de jóvenes idealistas se agrupaban bajo el liderato de Manuel Aurelio Tavárez Justo.

Salvo algunas excepciones, todos fueron a dar a las cárceles de tortura. "La 40" y "El 9" volvieron a ser testigos del morbo criminal que signaba a Trujillo y a sus herederos. Los sobrevivientes fueron trasladados luego a distintas cárceles y algunos fueron puestos en libertad. Entre los que quedaron en prisión se encontraban los esposos de las tres hermanas Mirabal.

Ante el cuadro de horror la iglesia inició un proceso de rebeldía. En La Vega, el obispo Panal empuñó los pendones de la caridad desafiante. Se desafió al César con la carta pastoral y, horrorizando al crimen, cayeron asesinadas las hermanas Mirabal.

Los campesinos fueron penetrados por las prédicas que, desde el púlpito, algunos sacerdotes valientes iban apuntalando. No podían hacerlo sino con lenguaje tímido, pero el pueblo estaba receptivo.

La Vega y su obispo, centraron esta nueva posición de la iglesia de Cristo. El obispo Panal fue amenazado. Su templo-catedral profanado, igualmente que el de San Juan de la Maguana. Se pretendió incendiar la casa curial, pero el pueblo cerró filas, la rodeó y con piedras y estacas la defendió de los sicarios que eran vanguardia de la Policía Nacional.

En estas circunstancias, se ordenó al general comandante de La Vega el asesinato del obispo Panal. Juan Tomás se socorrió de la doctora Iluminada Lora, quien mantenía el contacto entre el obispo y el general. Encareció al obispo que no saliera por nada de la casa curial y, en su desesperación, alcanzó a buscar como apoyo al hermano del tirano, el mayor general Patán Trujillo. Eso salvó a Panal.

Las circunstancias del develamiento del movimiento clandestino del 14 de junio, que iban de mal en peor en el país, llevaron al sobrino del general Díaz a asilarse en una embajada, junto a su madre Gracita, hermana de Juan Tomás, en unión de otros compañeros.

Juan Tomás fue llamado a Santo Domingo y se le presionó para que hiciera salir de la embajada del Brasil a su hermana Gracita y a su sobrino Nabú. Por el contrario, secretamente robusteció a aquella.

Es bueno señalar que Juan Tomás ya había comisionado de llevar recado a Caracas a Luis Aquiles Mejía, con el mensaje de que su casa, vivida y reparada por Juan Tomás, sobre compra que le impuso Trujillo, estaba bien guardada. (Esta casa fue sometida a subasta por confiscación que se dictara contra Mejía por *alta traición* a la patria y llevaba el número 63 de la calle César Nicolás Penson).

Esa misma información me dio a mí, con el encargo de velar que se cumpliera la devolución de la misma, como la de aquellos bienes de Juan Rodríguez García, que estaban en su poder. Previsión hecha por si quedaba en el camino en los esfuerzos que darían culminación al 30 de mayo de 1961.

PLANES DISTINTOS DENTRO DE LA CONSPIRACIÓN

En un principio poco o nada pudo hacerse. Juan Tomás quedó separado de las filas del ejército tras el asilamiento en la embajada del Brasil de su hermana Gracita Díaz y de su sobrino Nabú Henríquez Díaz.

El país, destruidas las expediciones de 1959, quedó sujeto a una vigilancia que se acentuaba cada día, como igualmente se acentuaría el terror en cada segundo de cada minuto de cada hora de los duros días que siguieron a la intentona libertadora.

Pero si en la iglesia de monseñor Panal y monseñor O' Reilly creció la caridad desafiante, que se pondría al lado de los padecimientos del pueblo, rescatando el prestigio de los ministros de Cristo, en las venas de muchos dominicanos una dignidad olvidada traería substanciaciones nuevas a la conciencia del pueblo.

Había hecho explosión, conmocionando a América y el mundo, el atentado contra el presidente de Venezuela, don Rómulo Betancourt. La decisión de la reunión de consulta de los cancilleres, efectuada en San José de Costa Rica, había aislado, diplomática y comercialmente a la República Dominicana.

Eran esos tiempos de angustia, con la lista de desaparecidos creciendo, con el Servicio de Inteligencia Militar aumentando, con los mecanismos económicos desajustados.

He dicho que en los Estados Unidos y en otros sitios, grupos dominicanos se encontraban activos y por vía que desconozco se hizo saber al general Juan Tomás Díaz, ya en Santo Domingo y en lista de inactivo, que 200 rifles Garand le serían entregados. Aparentemente, esto olía a Consulado General de los Estados Unidos de América, que operaba con un personal tan vasto como en la época de la vigencia de la misión diplomática.

Se buscó sitio para su lanzamiento en paracaídas durante la noche; se discutió que podrían ser pasados por Haití aprovechando los aserraderos que tenía Antonio de la Maza en las zonas de Villa Anacaona y de Restauración. Yo mismo caminé la región de Gaspar Hernández, Las Canas y La Mata de Cotuí, buscando sitios, pero nada se cuajaba.

Se tenían armas cortas, revólveres, pistolas y escopetas de caza. Esta vana esperanza se fue disipando como las nieblas y tan sólo nos quedó el desaliento de la frustración.

CRECE LA CONSPIRACIÓN

En los meses finales del año 1960 conocía sólo como participantes en el complot, además de a Antonio de la Maza, sus hermanos Mario, Ernesto y Bolívar de la Maza, Juan Tomás Díaz, a Miguel Angel Báez Díaz y a Pedro Livio Cedeño. Sí notaba que Modesto Díaz, hermano de Juan Tomás, de algo estaba enterado.

Un día de la Maza me llamó y me dijo: *"Hay que punchar al viejo; Juan Tomás. He estado hablando con Jean Awad Canaán—oficial de la Aviación Militar Dominicana, quien había vivido en Restauración— "y por ese lado sí creo que cuajará este negocio."* Awad Canaán había casado con la hija mayor de Miguel Angel Báez Díaz, muerta a consecuencias del parto, pero conservó su habitación en la casa de Báez Díaz.

Durante el desempeño de sus funciones como oficial destinado en Restauración, Awad Canaán, quizás en provecho de las especiales condiciones de la frontera, aislado de toda relación social, pasaba largas horas en casa de de la Maza y, allí, vinieron las confidencias. Luego de la muerte de la señora Canaán, o sea

de Pilar Báez Díaz, aquel quedó prestando servicios en la Fuerza Aérea Dominicana (FAD), a la que había sido trasladado. Fue cuando llevó una ametralladora a la casa de Báez Díaz y entregó una pistola calibre 45 a Antonio de la Maza.

Esta circunstancia impulsó a de la Maza a presionar a Juan Tomás Díaz. A tanto llegó esta presión, que Juan Tomás, exasperado, le dijo: *“Ustedes piensan que son los únicos que están detrás del hombre. Ahí tiene Modesto, mi hermano, dos muchachos –Huáscar Tejeda y Roberto Pastoriza– ambos ingenieros, que están dispuestos a todo”*. Ahí comenzó Modesto Díaz a participar abiertamente en las conversaciones e igualmente Miguel Angel Báez Díaz.

Las reuniones se efectuaban casi siempre en casa de Juan Tomás: la de cabecillas de los diversos grupos. A ellas tenían acceso las siguientes personas: Modesto Díaz, Miguel Angel Báez Díaz, Antonio de la Maza y Antonio García Vásquez. Por otra parte, cabe señalar que cada una de esas personas tenía sus ramales y entronques con otros grupos, en un sistema celular y con la expresa prohibición de no delatar nombres, salvo el de el ex general Díaz y el de de la Maza, cuyos integrantes debían guardar la mayor discreción, pues se quería evitar el riesgo de caer todos por la debilidad de cualquier conspirador.

La muerte accidental de Awad Canáan echó por tierra un plan en el que se debía usar mi vehículo Opel Caravan, por la comodidad que para los propósitos y uso de las armas significaba el hecho de poderse abrir su compuerta posterior, dejando un ángulo de tiro perfecto. Temerosos de que se tratara de un develamiento, quedamos quietos por algunos días. Por cierto, que se presentó una difícil situación para la devolución de la ametralladora, que al fin fue superada.

Luego, de la Maza realizó ensayos individuales, hasta tratar de convertir una poderosa bomba de agua en lanza-llamas, alimentada con un tonel de gasolina y puesta a 250 libras de presión. La idea era convertir en lanza-llamas una poderosa bomba de agua dotada de pistones de extremada reducción, conectada a un tonel de gasolina. Sería montada en mi Opel Caravan,

aprovechando que su compuerta trasera se quedaba abierta por completo, pero no resultó.

Para esa misma época, a de la Maza se le entregó una caja con 12 granadas de mano. Tuvimos el propósito de lanzarlas a los pies del tirano, con ocasión de un baile. (A Trujillo le tomó con realizar recorridos y visitas a todos los pueblos y allí se le ofrecía toda clase de homenajes). Por fortuna se nos antojó probar las granadas, ya que según se nos dijo fueron recogidas en alguna playa o algo así, y nos fuimos a Gurabo, Restauración, en donde de la Maza estaba haciendo un ramal carretero y se usaba dinamita que en ocasiones quedaba sin activar. Ni una sola explotó. Estábamos desconsolados, todo se frustraba.

He aquí que un día nos llamó Juan Tomás y nos dijo: *"Modesto tiene dos muchachos que le tienen marcada la pista al hombre. Creo que se puede hacer algo"*. Se acordó que Antonio de la Maza los conociera y se planificara un atentado a realizarse en la casa de la concubina que mantenía Trujillo, vecina a la casa del ingeniero Roberto Pastoriza Neret, quien resultó ser uno de los muchachos de Modesto y el otro el ingeniero Huáscar Tejeda Pimentel, hombre de altura de ideales.

Ya era comienzos del año de 1961. Para este tiempo Antonio de la Maza había hablado con Salvador Estrella Shadalá. A Salvador se le dio una pistola Browning, de 9 milímetros, de 13 tiros, que luego se le quitó por necesitarse para otro. Una o dos semanas después, de la Maza me pidió opinión sobre Antonio Imbert Barrera. Le dije no tener conocimiento mayor sobre el mismo y dispusimos una investigación final.

Antonio Imbert había sido gobernador de Puerto Plata cuando la Expedición de Luperón y acontecimientos de cierta gravedad se pusieron a cargo de su hermano Segundo Imbert, comandante militar de la región; pero, ante la especulación de uno de los cabecillas de que Segundo Imbert, quien evidentemente tuvo cierto compromiso con la expedición de Luperón, se había mantenido fiel a la meta que se trazó entonces, de manera que se afirmaba su intención contra Trujillo, lo mismo que en el caso de Antonio Imbert, se accedió a su ingreso.

Lo de siempre, que como cada cabeza de grupo era responsable de sus hombres y por sus hombres, con la prohibición de darlos a conocer a los demás grupos, correríamos el riesgo. De todas maneras el sistema celular daba cierta seguridad. (Por cierto, la firme determinación de Segundo Imbert, preso en La Victoria cuando el ajusticiamiento, le llevó a la muerte).

Volvamos al plan de los ingenieros. Pastoriza había establecido que Trujillo visitaba una de sus amigas, Mónica Sánchez, en períodos entre doce y diez y ocho días. El vivía frente a la mencionada señora. Las visitas se hacían a primeras horas de la noche, de 8.00 p.m. a 10.00 p.m., y acompañado solamente de un chofer. En ocasiones iba un oficial.

La casa sobre la Avenida Lincoln, en medio de un gran parque-jardín, daba por la parte de atrás a terrenos baldíos y por allí se había trazado un camino que permitía el paso de vehículos. A Trujillo se le capturaría al salir de la casa, pues la resistencia de uno o dos hombres no contaba y podían eliminarse fácilmente. A una contraseña dada por Pastoriza por teléfono, saldría un carro desde donde Juan Tomás Díaz, sitio de espera.

En efecto, una noche se recibió la contraseña, pero cuando se llegó, Pastoriza, quien estaba a la espera, manifestó que Trujillo estuvo muy escaso tiempo. Luego se supo, por indiscreción del servicio, que se había disgustado seriamente con la mujer. Pasadas dos o tres semanas se vino a caer en la cuenta de que esperar la regularización de sus relaciones con Mónica Sánchez, era bien peregrino.

Por cierto, como para entonces sólo se trataba de la eliminación de Trujillo, se contaba con la complicidad de un funcionario diplomático de un país amigo, quien brindaría asilo a 4 ó 5 personas, quienes mediante un santo y seña podrían penetrar en la sede diplomática de ese país.

SE VAN ESTABLECIENDO RELACIONES

Ya para esa fecha me informó Juan Tomás que uno de los hombres de Modesto era Luis Amiama Tió. Me enteró, igualmente,

de que mantenían contacto con un grupo de jóvenes profesionales e inquietos –todos decentes, agregaba, como carta-garantía de los mismos– ciudadanos de la capital. Me dio el nombre de Angel Severo Cabral.

Luego de la Maza tuvo contactos con un súbdito de los Estados Unidos, quien debió desempeñar papel activo (no fue posible como otras muchas cosas que han quedado oscuras), y con el teniente Amado García Guerrero, al través del sub-grupo de Salvador Estrella Shadalá.

Antonio de la Maza contaba con la asistencia de sus hermanos Ernesto, Mario, y Bolívar, a excepción de Rafael y Pablo Antonio –Pirolo– a quienes nunca se les dijo nada. También la de su cuñado Alberto Rincón, la de mi hermano Bienvenido García Vásquez y la de núcleos de respaldo en Moca y La Vega.

En diciembre de 1960 se decidió la salida de Rafael de la Maza, tal y como lo hizo semanas después.

Igualmente, Antonio de la Maza decidió poner sobre seguro a su hermano Ernesto, quien contaba con algunos ahorros y podría velar por la familia, pero este pasó poco tiempo en Nueva York y volvió a correr la suerte de sus hermanos.

Fue cuando se estableció el plan final de la Avenida George Washington.

ESTRATEGIA: AMPLIAR RELACIONES

Juan Tomás Díaz, cubierto por su pasión por la pelea de gallos, se hizo viajero sistemático. Fue a La Romana y habló con Carlos Vélez Santana. Fue al Cibao y visitó amigos, que los tenía esparcidos por todo el territorio nacional. Para el mes de abril se corrió una serie de visitas cubiertas por el juego de gallos. Así, esperé un día a Juan Tomás que aparentó ir a la gallera de Licey al Medio (en efecto se fue) y visitamos por la noche a Rafael Vidal Torres, en la madeja del asunto a través de su amistad con Modesto Díaz. Juan Tomás le dijo: *“García Vásquez es quien usa tu parabellum”*. Y recuerdo que Vidal le contestó: *“Si sale al padre no hay de que preocuparse”*.

Se visitó La Vega, etc. etc. Al mismo tiempo, Antonio de la Maza y Juan Tomás Díaz, entre otros, pero el último con más propiedad, se acercaron a viejos amigos del ejército. El tema: el temor de que los desaciertos de Trujillo, que lucía loco, llevaran al país a la anarquía. De acuerdo con sus reacciones se les avanzaba más, pero solamente hasta pedirle que si Trujillo moría y el ex general Díaz reclamarlo, se sometieran a su jefatura. A otros, como Mueses Franco y Guarionex Estrella (Guaro), se les habló con mayor precisión. El general Guaro Estrella, a quien se le había querido convencer hasta por medio de su hermana monja, que le escribió una carta traída a mano desde Puerto Rico, jamás aceptó ir contra Trujillo.

Antonio de la Maza, con el ascendiente tradicional de la amistad entre las dos familias y el suyo particular frente a Salvador y Guaro, se fue a La Vega, ya en los últimos días, y se entrevistó con el general Estrella, a la sazón comandante de aquel departamento. Abiertamente le dijo que Trujillo iba a morir y que el matador sería él: *"Trujillo muerto y yo vivo, ¿qué vas tú a hacer?"* Estrella le contestó que Trujillo había sido un padre para él, y que no había oído nada.

Al mismo tiempo, Juan Tomás estrechaba relaciones en la misma capital del país y había hablado varias veces con Angel Severo Cabral, quien estaba conectado a grupos de jóvenes inquietos.

Ya se habían reunido algunas armas cortas y escopetas. Recuerdo una pistola Browning, calibre 9 mm. que se dio a Salvador Estrella y luego se volvió a tomar de sus manos. Una pistola Get, calibre 45, que dejara Rafael de la Maza Lara, al abandonar su trabajo en la Grenada Company, en Manzanillo. Otra pistola calibre 45; una del general Díaz; un revólver calibre 38 que se dio a Ernesto de la Maza para pasar a Mario, su hermano, etc.

Se logró, al mismo tiempo, la valiosa cooperación del teniente Amado García Guerrero. Al general García Urbaz, con asiento en Dajabón, Juan Tomás Díaz le había hablado con alguna precisión y demandó su concurso para que le respaldara una vez muerto Trujillo.

Ya estábamos en abierto plan conspirativo y recibí aviso de Juan Tomás para que esperara en Moca a Miguel Angel Báez, quien debía cumplir una misión en el Cibao. Me dijo también Juan Tomás que él mismo iría, que le hiciera un sancocho en mi casa y que le esperara porque en la noche teníamos que hacer una visita.

En efecto, nos fuimos a Pontezuela, a casa de Rafael Vidal Torres. Se le dio información sobre los planes y recabamos los decires de Santiago, que como todo el país miraba al cielo como buscando un milagro. Rafael Vidal ante los planes precisos señaló: *“Ya esto no permite paso atrás y yo soy un político de profesión”*. Nos fuimos, y, creo que Juan Tomás se llevó un gallo que Vidal le regaló.

En el camino comentamos la frialdad de Vidal. Algunos días después, cuando estábamos ajustando los por menores del plan de la avenida, debimos pensar en lanzar una proclama. Ya de este asunto se había hablado, aunque superficialmente, a Antonio Rosario. Modesto Díaz sugirió que Rafael Vidal la escribiese. Me comisionaron con esa finalidad y me fui a Pontezuela, pero ya frente al portón de la finca de Vidal me asaltó el recuerdo de su frase y continué marcha hasta Santiago, tomé una cerveza en los chinos de la calle Restauración con San Luis y regresé a Santo Domingo.

Días después Modesto dijo que el hombre de Santiago se había salido del asunto. (Debo señalar que Rafael Vidal Torres supo guardar su palabra de mantener silencio).

EL PLAN: SU TÁCTICA

Trujillo había sido chequeado. Era un hombre sistemático. De la Avenida George Washington, en donde se paseaba, salía la noche de los miércoles y, cuando le era imposible, la noche de los jueves, para su *Hacienda Fundación*, en San Cristóbal, por la avenida que se prolonga en autopista Santo Domingo—San Cristóbal.

La señal de su seguro viaje la daba el mismo Trujillo, pues llegaba a la avenida vestido de militar.

Pero antes de entrar en la táctica, método y ejecución, veamos con cuanto se contaba.

a) Los automóviles

Dejamos anotado anteriormente el persistente sentimiento de Antonio de la Maza contra el tirano, que se desarrolló desde su pubertad. De la Maza formuló el pedido de un carro Chevrolet Biscayne de muy humilde aspecto, pero dotado del más poderoso motor de la General Motors. El pedido creo que pasó por las manos de Miguel Llenas. Era a inicios del año 1959. En efecto, el carro fue dotado de un motor de persecución, idéntico al usado por la policía norteamericana en ese tiempo. Su destino: ser usado en un atentado contra Trujillo.

Cuando comenzaban a tomar forma los contactos con Jean Awad Cannán, el automóvil Cadillac Dorado, propiedad de Pedro Rivera, se precipitó por un barranco en la carretera de la frontera noroeste. De la Maza, siempre alerta, compró el salvamento para utilizar el motor. Llevó el Oldsmobile 88 de su propiedad al taller de Agramonte, en Santiago de los Caballeros, y allí se hizo la adaptación del motor del Cadillac, sustituyéndole el original, mucho menos potente.

Un tercer carro sería el de el ex general Díaz: un Buick sin parales centrales en sus ventanillas y de mucha potencia, que lo hacía ideal para la persecución, maniobrabilidad y ángulo de tiro de los ocupantes. A esto se opuso Juan Tomás Díaz con el argumento de que ese vehículo, por ser único en el país, era muy reconocible y levantaría sospechas su permanencia en la Avenida George Washington. Señaló que estaba dispuesto a dar el dinero para adquirir uno, matriculado a su nombre si así lo querían, lo que fue una respuesta a insinuaciones de uno de los cabecillas, las cuales no agradaron al ex general.

Mientras se buscaba un tercer carro, se usaría el de Salvador Estrella y, creo que una noche se usó el de Pedro Livio Cedeño (o el de Huáscar Tejeda). Ya para la última semana de mayo se había comprado a Rafael de la Maza Lara, cuando abandonaba el país, un carro, recién importado, Chevrolet Impala Hard Top,

color negro, sin párales centrales. Pidió que se le diera el precio FOB de unos dos mil y pico de dólares. Rafael de la Maza Lara había ya dejado en manos de su primo Antonio, una escopeta semi automática calibre 12 y una pistola Colt calibre 45.

Ernesto de la Maza fue por el carro y lo llevó a su factoría arrocera en Jima, Rincón, provincia de La Vega. A este carro se le sacó placa y matrícula el mismo 30 de mayo y estuvo listo para que en él se fueran al día siguiente, miércoles 31 de mayo, Ernesto junto a su hermano Mario, a la capital de la república, a ocupar su sitio dentro del plan de la conspiración.

Al precipitarse los acontecimientos, este carro no pudo ser usado. Luego fue robado en la ola de depredaciones a que se entregó el círculo de los amigos de los hijos del tirano y los alcahuetes del régimen. Se sabe quien lo sacó de los almacenes en la factoría de San Antonio, en Jima: un señor de quien sólo dejamos la inicial de su apellido: C.

b) Las armas

Hemos dicho que ya se tenían varias armas cortas: pistolas y revólveres sumados a una escopeta que se había recortado, propiedad de Piro Estrella, pero que estaba en poder de de la Maza desde mucho tiempo atrás. Luego se recortó la de Ernesto de la Maza. Por cierto, esta escopeta la llevó Ernesto el viernes 26 con el cañón de la que había pertenecido a Rafael de la Maza Lara, para utilizarla en una cacería en Gaspar Hernández y regresarla el miércoles 31, cuando debíamos volver a Santo Domingo. Mi hermano Bienvenido me había dado una pistola Luger Parabellum, que portó Juan Tomás Díaz la noche del 30 de Mayo, arma que había sido de Rafael Vidal Torres.

A finales de abril de 1961, Juan Tomás Díaz señaló que tenía a alguien que podía conseguir unos fusiles. Estando yo en su casa, en hora cercana al mediodía, entró Antonio de la Maza manejando el carro Impala, color verde, de su esposa, por la entrada posterior. Detuvo el vehículo debajo del níspero que aún existe en el patio y sacó y trajo en sus brazos un paquete no bien envuelto, pues dejaba salir los cañones de lo que evidentemente

eran tres fusiles. Al depositarlos a los pies de Juan Tomás, éste le señaló su descuido, ya que el jardín de la casa, abierto por la parte de atrás y con sólo una pequeña verja, permitía que se dominara desde los edificios de propiedad horizontal que se encuentran edificadas sobre esa calle.

Discutieron acaloradamente y Antonio se marchó disgustado, hasta el extremo de que, con la aprobación de Juan Tomás como resultado de los comentarios que hicimos, me fui en horas de la tarde por Antonio y se superó el incidente.

Esas armas, carabinas Garand M-1, calibre 30, habían sido obtenidas a través de Angel Severo Cabral y desde las manos de Tommy Stocker. Esas carabinas no podían quedar en la casa de Antonio de la Maza y al día siguiente se planteó, entre Modesto, Juan Tomás Díaz, de la Maza y yo, quién las iba a guardar. Inclusive, hasta se señaló que podían ser guardados en la finca de Juan Tomás, en La Victoria.

Frente a la falta de acuerdo Antonio de la Maza se las llevó y, conociendo la disposición del piso de mi vehículo Opel Caravan, me encargó que me las llevase disimuladas en el porta llantas y que, allá en Moca, con la ayuda de Leonte Schott Michel, le hiciera un doble piso. Esto fue hecho aprovechando la parte de un piso de otra Opel idéntica, que había volcado, y quedó perfecto.

Al miércoles siguiente, no recuerdo si el 3 ó 10 de mayo, procuré a Ernesto de la Maza en La Vega, tras recibir un aviso breve de Antonio de la Maza de que le enviáramos la pieza (rota) de un tractor del aserradero, pues el administrador del mismo se la había pedido con urgencia. Pasadas las tres de la tarde procuré a Ernesto y nos acercamos a la capital, cuando, justo frente al puesto policial del kilómetro 9 de la Carretera Duarte, oímos como el ruido de un disparo e inmediatamente sentimos algo que rodaba. Se había roto la cruceta delantera del eje cardan. Quedé allí hasta el regreso de Ernesto, quien llevó el mecánico y el repuesto.

Este accidente obligó a buscar otro depositario de las carabinas y demás armas.

Ya sabía que el español Miguel Angel Bissié Romero estaba enterado del asunto, inclusive que había hecho unos juegos de placas, primero unas oficiales y luego otras particulares. También

había corregido el cañón de una escopeta y recortado el de otra. La primera, la que había pertenecido a Piro Estrella, probada en la finca de Vicente de la Maza, en el kilómetro tres y medio, de la carretera Moca—La Vega.

Antonio de la Maza le entregó las armas a Bissié. A estos efectos, se le confió la guarda y uso del carro Oldsmobile de Antonio de la Maza, con la excusa de que se le iba a vender, y en su maletero se colocaron las armas. Bissié guardaba el carro en su taller *Los Navarros*, cerca del Puente Duarte, y las noches de los miércoles y de los jueves las llevaba a casa de de la Maza, en la calle Angel Perdomo No. 2, en donde se repartían entre ese mismo carro y el otro Chevrolet de de la Maza. A estos fines de guardar las armas se hizo una caja de madera en la Ferretería Americana.

La primera vez que Bissié distribuyó las armas fue el miércoles 17 de mayo en la noche, en la que debí llevar a Pedro Livio Cedeño desde la casa de mi hermano Bienvenido, en la Leopoldo Navarro No. 9, a la casa de de la Maza, porque se hacía tarde y Tunti Cáceres Michel no lo había buscado todavía.

Cometí un error, pues al subir las escaleras del apartamento en el que vivía Antonio de la Maza, me encontré con Bissié, quién portaba una bolsa o saco de yute, del que salían parte de los cañones de las carabinas. Ante esa situación pasé sobre toda precaución y le llamé la atención para que fuese más cuidadoso.² De aquí surgió que el mismo Bissié, como un medio de mayor seguridad las distribuyese, en el futuro, directamente y de acuerdo con instrucciones previas, en los vehículos Chevrolet Biscayne y el Oldsmobile estacionados en el parqueo del edificio de Antonio de la Maza. Bissié repartió las armas y cubrió su parte la misma noche del 30 de Mayo, regresando luego a la casa del general Díaz en donde se unió a de la Maza. No se explica por qué otros participantes en la conspiración que culminó con el ajusticiamiento de Trujillo le han regateado su participación en ese hecho histórico.

² El autor califica de error el dar a entender a Miguel Angel Bissié que estaba involucrado en la conspiración, violando el acuerdo de mantener en estricto secreto la integración de los grupos y sub-grupos. (Nota de Emilio Cordero Michel).

CÓMO SE REALIZARÍA EL ATENTADO

Avisados los conspiradores de la posible ida de Trujillo a San Cristóbal, bien por informaciones del teniente García Guerrero y/o de Miguel Angel Báez Díaz, quien tenía acceso al grupo de Trujillo en la avenida (se usaba una clave telefónica), debía actuarse como sigue:

En la casa No. 63 de la calle César Nicolás Penson, residencia de Juan Tomás Díaz, se integraría un grupo junto al ex general, formado por Mario o Ernesto de la Maza, Antonio García Vásquez y Bienvenido García Vásquez, engrosado por Miguel Angel Báez Díaz tan pronto saliese Trujillo de la avenida y por Modesto Díaz. (En ocasiones se esperó en la casa del doctor Bienvenido García Vásquez). Este grupo, si se tenía éxito, debía ser respaldado por algunas personas que se habían tanteado.

Para cubrir la espera en la casa del general Díaz, se ingenió proyectar películas, lo que se hacía en el patio usando de pantalla la pared junto al níspero. Para evitar sorpresas, se instaló un reflector con aparente efecto de vista, que denunciaba la presencia de cualquier intruso, colocado en el ángulo formado por la galería y el cuerpo posterior de la residencia. A la vez, se dejaban encendidas las luces que daban frente a la calle César Nicolás Penson. Juan Tomás vestiría chacabana militar y tanto él como de la Maza tendrían en sus bolsillos insignias militares, para usarlas si era de lugar. Allí debía concurrir Angel Severo Cabral, quien, en compañía de un grupo, se dirigiría a una estación radial para transmitir una proclama previamente grabada. Creo que en ese aspecto intervino igualmente el licenciado José Tapia Brea.

Antonio García Vásquez, acompañado por uno de los de la Maza y un fuerte grupo de los que estuvieran disponibles, ya muerto Trujillo, trataría de forzar La Voz Dominicana y, a punta de pistola, anunciar al país lo ocurrido, dando la impresión de que era un movimiento de fuerza, acaudillado por el general Díaz. (La protección de la radio televisora se limitaba a un sargento de la policía y dos rasos. En la entrada había otro agente policial). Esto debía ser escuchado por los militares semi—comprometidos y lanzarlos a respaldar al general Díaz. Pero volvamos atrás.

LA PLANIFICACIÓN DEL ATENTADO

La noche que Trujillo apareciese vestido de militar en la Avenida George Washington, Antonio de la Maza iría en su carro Chevrolet Biscayne hasta un sitio determinado de la misma avenida, cerca de La Feria, hoy Centro de los Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo, sitio de espera próximo a uno de los pasos de unión de las dos vías de la avenida, junto a Salvador Estrella, Antonio Imbert y, cuando el servicio lo permitiese, al teniente Amado García Guerrero.

Previamente, otro vehículo y el Oldsmobile de de la Maza, se apostarían más abajo del *Restaurante Pony*, en un sitio antes de llegar a un bosquecito de cocos, en donde la calzada se levanta bastante del terreno. Estos dos carros estarían el uno con el frente a la ciudad y el otro con dirección contraria.

Aquí, junto a estos carros, los hombres estarían con una de las carabinas M-1, con una de las escopetas, provistas de cartuchos de balines 00 y de algunos corrientes, pero reforzados, y con las armas cortas que, previamente, habría distribuido Bissié Romero en el parqueo del edificio de de la Maza.

Cuando el carro de Trujillo pasase por el sitio de espera, el poderoso Biscayne de de la Maza sería abordado por el grupo y saldría a toda velocidad a perseguirlo. Pasado el *Restaurante Pony*, forzaría la marcha para emparejar con el carro perseguido, al tiempo que haría funcionar sus luces como aviso a los otros dos carros, que deberían actuar como pinzas. El carro colocado en dirección a Santo Domingo, debía situarse unos tres metros adelantado, mordiendo con su parte frontal el paseo central, y el colocado en la vía de persecución debía quedar sesgado, igualmente mordiendo el paseo central, en dirección paralela al otro. Uno de ellos estaría con el bonete levantado, para aparentar un desperfecto mecánico.

Repartidos entre estos dos carros estarían Huáscar Tejeda Pimentel, Roberto Pastoriza Neret, Pedro Livio Cedeño, Tunti Cáceres Michel, Ernesto de la Maza y Salvador Estrella, éste último en caso de no quedar en la avenida. (La primera vez fue Mario de la Maza, quien luego quedó junto a Antonio García Vásquez en la casa de Juan Tomás).

Pasado Trujillo por el sitio del primer automóvil, éste se lanzaría a perseguirle, debiendo darle alcance y caza antes de llegar a los otros dos carros. Se aparearía al de Trujillo para que de la Maza descargara su escopeta recortada, a la vez que su acompañante en el asiento trasero derecho usaba de sus armas. Imbert, quien iría al volante, conduciendo, debía emplear las luces, lo que serviría de aviso a los dos carros que debían bloquear el de Trujillo. Esta maniobra conocida por el conductor del automóvil de de la Maza (Antonio Imbert), le permitiría frenar o forzar el paso en último extremo.

Así, chocado el carro de Trujillo, volcado o frenado, los ocupantes de los dos carros pinzas, colocados al borde de la pista y protegidos por el desnivel, entrarían en acción, de ser necesario. La consigna de los conspiradores era liquidar al compañero que, a consecuencia de las heridas y/o como consecuencia de las maniobras, no pudiese valerse por sí mismo.

Se lanzaría al agua el carro de Trujillo y su cadáver sería llevado a la casa de Juan Tomás Díaz, en donde el general Román Fernández, procurado y asistido-vigilado por Amiama, tendría la evidencia.

LOS HOMBRES DE LA AVENIDA

Los hombres que debían ir a la Avenida George Washington serían nueve: tres en cada carro. Antonio Imbert Barrera conduciría el Chevrolet Biscayne de de La Maza. Esto de tres hombres por carro se explica. Uno al volante, conduciendo, y los otros dos en sus respectivas ventanillas, del lado derecho, con toda la amplitud y uso total del ángulo de tiro. Era lo justo y necesario, ya que un cuarto individuo no sería más que un estorbo, sobre todo a la libertad de movimiento dentro del carro.

El grupo integrado por Antonio de la Maza, Antonio Imbert y el teniente Amado García Guerrero, las veces que éste pudiese ir o sea cuando estuviese libre de servicio, y a falta de éste Salvador Estrella, debía ponerse a tomar el fresco en un sitio del malecón, frente a la Feria de la Paz, hoy Centro de los Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo.

Junto a ellos estaría el poderoso automóvil perseguidor de de la Maza, cerca a uno de los pasos de unión de vías, para ganar de inmediato la vía a San Cristóbal y salir tras el carro de Trujillo. En la autopista, aproximadamente a 1,500 metros (el sitio fue cambiado o mudado por dos veces, luego de ciertas observaciones), estarían los otros dos carros, estacionados casi paralelos, en sentido contrario y a su respectiva mano. Al volante: Huáscar Tejeda en uno, y en el otro Tunti Cáceres Michel. En los lados de la pista, y cubiertos por los yerbajos: Pedro Livio Cedeño con una de las carabinas M-1, Ernesto de la Maza, el ingeniero Pastoriza y Salvador Estrella. Este grupo tendría dos escopetas y una noche sería engrosado por Mario de la Maza.

Estos dos carros tomarían posiciones los miércoles y jueves, sólo ante el aviso de que Trujillo saldría para la *Hacienda Fundación* ó estaba listo para salir. El primer vehículo y sus ocupantes, en cambio, iría a su sitio casi todas las noches, para levantar la apariencia de una costumbre de tomar el fresco allí.

El aviso de que Trujillo preparaba viaje lo debía dar el teniente García Guerrero y Miguel Angel Báez Díaz, quien, aprovechando ser del grupo que podía acompañar a Trujillo en la misma avenida, lo ratificaría ya en los últimos momentos por una clave telefónica o personalmente (El hecho de ir Trujillo vestido de militar hacía presumir que iría a la *Hacienda Fundación*).

OTROS TANTEOS Y EL PLAN POLÍTICO

Reunidos en una ocasión en la parte alta de la residencia de Juan Tomás Díaz, éste, su hermano Modesto, Miguel Angel Báez Díaz, Antonio de la Maza y Antonio García Vásquez se pidió nombres de hombres que pudiesen ocupar el gobierno provisional. Se vertieron los nombres de Enrique Apolinar Henríquez, Viriato Fiallo, Juan Bosch, Rafael Bonelly, Angel Liz, Emilio de Los Santos y el mismo Modesto Díaz. No había entrado aún en la conspiración el general Román Fernández.

Parece mentira, pero la ausencia de ejercitación política y la negación de toda libertad, creó un desconocimiento de los

hombres. Juan Tomás Díaz dijo que él tenía amigos que podrían abordar, contra toda precaución, al doctor Joaquín Balaguer, señalándosele que si a falta de Trujillo él estaría dispuesto a asumir la responsabilidad plena del gobierno. (Ya que era sabido el malestar que reinaba en el país y el disgusto de las masas por el aumento del terror, el ultraje, la persecución a la iglesia y la creciente degeneración).

No estoy seguro, pero creo que se utilizaría en esta labor de contacto con Balaguer a Baby Ricart y al médico personal de Balaguer, su amigo el doctor Rafael Batlle Viñas. Si Balaguer respondía afirmativamente, pasaría algunos decretos que se tenían escritos, guardados junto a copias del plan. Antonio de la Maza tenía una copia; Juan Tomás Díaz otra y Antonio García Vásquez otra. Las de Juan Tomás fueron destruidas por su hija Marianela Díaz de García; las de de la Maza, no sé qué se hicieron; y las mías, guardadas en mi escritorio, las consumió el fuego en el incendio de mi casa de Moca, en 1962.

Se había llegado, y así estaba señalado, a lo siguiente: 1. La eliminación de todo compañero que no pudiese valerse por sí mismo, cuando menos de los caídos en la primera fase del plan; 2. El fusilamiento de los hermanos del tirano, a excepción de Héctor Trujillo, punto de vista defendido por el general Díaz, pero, a quien el grupo de de la Maza ejecutaría igualmente; 3. La deportación de las hermanas del tirano y de los demás parientes significados en su régimen; 4. La proclamación del general Díaz como jefe de las Fuerzas Armadas, destino que mantendría por no más de 6 meses; 5. Si Balaguer no respondía (debía irse a buscar por un grupo armado y obligarle a subir, a punta de pistola, a Palacio), se integraría una junta civil de gobierno en número de tres (posiblemente Modesto Díaz formaría parte de esa junta); 6. El arresto de algunos personeros y criminales del régimen (serían fusilados 2 ex-generales y ex-jefes de la Policía Nacional), quienes serían juzgados por un Tribunal Especial creado al efecto; 7. Declaración como propiedad del Estado de todos los bienes de la familia Trujillo, la de sus personeros y asociados, sobre la conciencia de que todo asociado se benefició de los abusos y de la explotación desde el poder; 8. El cierre de fronteras y la no

admisión de exilados hasta que se tuviese el control de toda la situación; 9. El corte de las telecomunicaciones (se utilizarían los servicios de un español de apellido Martínez, si mal no recuerdo, quien tenía como contacto al señor Manuel de Ovín Filpo).

ENTRA EL GENERAL RENÉ ROMÁN FERNÁNDEZ (PUPO)

Luis Amiama Tió, integrante del sub grupo de Modesto Díaz y contacto directo de Juan Tomás Díaz, indicó que su compadre cuatro veces, el general Román Fernández, a pesar de ser secretario de Estado de las Fuerzas Armadas, se encontraba muy disgustado con el régimen, que era enemigo de Ramfis Trujillo (quien al igual que su hermano Radhamés se encontraba en Francia), que se sentía subestimado por Trujillo y estaba dispuesto a asumir la responsabilidad necesaria, pero solamente muerto el tirano.

Con esta información disponible, se varió parte del plan y se tomaron los siguientes acuerdos:

- 1) El cadáver de Trujillo, en vez de hacerlo desaparecer, debía llevarse a la residencia de Juan Tomás Díaz, para que allí lo viese el general Román y actuase en consecuencia;
- 2) Para garantizar estos propósitos, tan pronto se conociese que Trujillo iría a San Cristóbal, Luis Amiama se pondría en contacto con el general Román Fernández, situación que fue variada (cuando menos así se indicó decirlo e imponerlo a Luis Amiama, por medio de Juan Tomás, una noche que se esperaba en la casa del doctor Bienvenido García Vásquez y Luis Amiama apareció, ya a las ocho y media de la noche, acompañado del hermano del general Román, el señor Bibín Román), para que Amiama, al tener conocimiento de que Trujillo iría o podría ir a San Cristóbal, marchase a la casa del general Román y allí permaneciese para cubrir dos propósitos:
 - a) Asistir al general en el cumplimiento de su palabra; b) Servir, en último extremo, de llave de entrada al grupo que debía presentarse en busca del general Román;

- 3) Ya constatada la muerte de Trujillo, el general Román Fernández asumiría el control del país y acompañado de Juan Tomás Díaz y Antonio de la Maza, trataría de hacer caer en una trampa o redada a los hermanos de Trujillo. Con sus acompañantes y hombres de confianza se dirigirían al Palacio Nacional; se dispondrían las destituciones de lugar y se pondrían en ejecución los decretos mencionados;
- 4) Como sólo Luis Amiama daba aval por el general Román Fernández, éste sería estrecha y constantemente vigilado desde las posiciones que ocuparían el general Díaz y Antonio de la Maza, reforzadas por los mandos que se someterían al general Díaz, como estaba previsto. En caso de pérdida de toda confianza, el general Román sería deportado y se le daría absoluta garantía así como se guardarían escrupulosamente sus intereses.

EL ANUNCIO POR LA RADIO

El anuncio radial fue aceptado con escepticismo por los hombres de acción. Sus propugnadores veían en él un medio poderoso para quebrar la corteza de terror que maniató al pueblo y como motor que lanzaría a la acción a los militares semi-comprometidos (general García Urbaz, con el Departamento noroeste; general Guarionex Estrella, a quien su padre se había comprometido a doblegar, pues marcharía, avisado como lo estaba, de inmediato, al Departamento de La Vega; coronel Mueses Franco, en La Romana, etc...etc...).

Juan Tomás afirmaba que el coronel Neit Nivar Seijas, que le tenía como padre afectivo, se pondría a su lado. Y, en la Fortaleza Ozama, el coronel Renato Hungría, a quien le habían asesinado un hermano en la expedición del 14 de Junio, se plegaría igualmente. Además, estaba listo para actuar el coronel Juan Pérez Guillén, leal amigo del general Román Fernández y compañero de infancia de Antonio de la Maza.

Al mismo tiempo, la ofensiva de robustecimiento de relaciones que desarrollaba, principalmente, Juan Tomás Díaz, había logrado

mantener muy cerca a ciertos oficiales, algunos de ellos enviados a retiro, y se contaba con la decencia de otros, quienes debían aprovechar la oportunidad de recuperar su dignidad y libertad.

Por otra parte, si cabía esperar que el pueblo, inhibido por el terror, se dejase arrastrar por la duda, en cambio si nos alentaba la seguridad de que los hermanos de Trujillo, quienes sí sabrían que no se trataba de una farsa ni de ardid alguno, padecerían un golpe psicológico tremendo, su resistencia quedaría quebrada, ya que no podrían permitirse el lujo de perder tiempo averiguando la fuerza real que respaldaba el movimiento, sobre todo en la situación de desesperación y angustia que ya vivía el pueblo en esta última etapa de Trujillo, quien parecía estar en una crisis mental peligrosa para todos. Además se estaba conforme con que respondiese en la primera hora uno solo de los grupos de ejército, suficiente para decidir a todos los demás por la causa del bien general.

Antes de decidirse la grabación de una o más cintas, labor que estuvo en manos del doctor Angel Severo Cabral y sus compañeros, yo quise que el doctor Antonio Rosario escribiese la proclama. Le hablé superficialmente del asunto; pero dos días después me fui a la capital y allí se decidió como se ha dicho.

El no uso de este medio la noche del ajusticiamiento, lo atribuyo a la falta de confianza que mereció de los hombres de armas, quienes con el ingreso del general Román Fernández a través de Luis Amiama, reposaron en sus hombros y en sus funciones de secretario de las Fuerzas Armadas, unido a la circunstancia de que, en la noche de autos, se encontraron sin la incitación y el respaldo de los propugnadores y defensores de esta tesis, agravado con la desorientación que causó la falta de contacto y la imposibilidad de localizar al general Román Fernández.

Debo anotar que la fortaleza de La Vega, debía abrir sus puertas y repartir las armas al pueblo. (Allí había un verdadero arsenal, como prevención frente a otra expedición como la de Constanza).

PRUEBA DEL PLAN

Cuando el plan de la avenida fue aprobado, Antonio de la Maza se llevó a Tunti Cáceres Michel, quien trabajaba con él en los aserraderos de Restauración, sobrino de su esposa Aída, y nieto de quien fuera su pasión idolátrica, el presidente Ramón Cáceres Vásquez, su pariente, de quien le venía la confianza depositada en Tunti.

Este ocupó el reformado automóvil Oldsmobile y, en el sentido Santo Domingo-San Cristóbal, tomó la autopista a una velocidad de 120 kms. por hora. Al pasar por el sitio de espera, Antonio de la Maza abordó su Chevrolet Biscayne, colocado como se había previsto en el plan, y persiguió a Tunti. Frente al *Restaurante Pony* ya le había dado caza. Casualmente, un croquis de esta prueba quedó inexplicablemente en casa de de la Maza.

TENTATIVAS

Hubo varias tentativas. Varias fueron las veces que había tenido que llevar a Tunti Cáceres Michel a la capital. Nos íbamos junto a los hermanos Ernesto y Mario de la Maza, y, en otras ocasiones, cada quien por su camino.

Una vez Trujillo tomó una ruta distinta, como un miércoles, creo que era el 17 de mayo, que tomó la vieja carretera a San Cristóbal, luego de bajar por la Máximo Gómez. Otra, asechado miércoles y al siguiente jueves, se fue en la mañana de este día, víctima de una gripe o de un resfriado.

EN GRADO DE DESESPERACIÓN, EL GRUPO DE DE LA MAZA PREPARA OTRO PLAN

Aquí cabe decir que la desesperación ante tantas frustraciones, invadía a todos. A unos les llevó hasta a marginarse de la conspiración, empero sin desvincularse en caso de ser necesario su concurso; el mismo Modesto Díaz, ante la información de un agente extranjero de que Trujillo o el Servicio de Inteligencia Militar (SIM), olía algo, aconsejó desistir de todo y luchó con Juan Tomás

para ponerlo de su parte, mientras a mí me encargó convencer a Antonio de la Maza.

Mas, algo grave había ocurrido ya, y aún sin planes, cuando el final sólo fuese la muerte del déspota, De la Maza continuaría hasta las últimas consecuencias. Teníamos en Moca la familia y grupos de jóvenes valientes y de vergüenza, entre ellos ese joven que rindió su vida porque se quedó hueco de esperanzas: Leonte Schott Michel. Estábamos seguros de la cooperación de Danilo Rodríguez Pérez (El Guapo).

En Moca se esperaba para el día 3 de junio la visita de Trujillo, continuación del programa que se impuso, según comentarios, en obediencia a los consejos de una bruja o brujo, de visitar las distintas regiones y ciudades del país.

Unas semanas antes, cuando se preparaba el palco presidencial desde donde Trujillo vería el desfile que se le ofrecería, previo concierto, me impuse la tarea de que la balaustrada de la tribuna no impidiese que su pecho quedase al descubierto. Por cierto, argumentando razones estéticas y de confort para el "Jefe", convencí al gobernador provincial Francisco (Frank) Rodríguez y al diseñador Poncio Salcedo para que bajasen la balaustrada.

El plan era éste: en el desfile de camiones iría uno con sus barandales cubiertos de pancartas dando vivas al "Jefe". Este camión tendría su interior protegido por planchas de hierro (Se tenía el sobrante de las planchas que se habían utilizado para reparar el tanque del acueducto de Moca).

En la cama iríamos 5 ó 6 compañeros, con escopetas automáticas alimentadas con cartuchos munición 00, de los mismos que se usaron en la avenida y de los que teníamos una buena provisión (por cierto, en un pozo negro, en La Vega, junto con la escopeta recortada de Ernesto de la Maza, todavía podrían encontrarse algunas cajas de estos cartuchos. En Moca quedaron otros que fueron enterrados, ante la noticia de la muerte de Trujillo).

Cuando se pasara frente al palco, las cinco escopetas vomitarían su contenido sobre Trujillo y posiblemente contra algunos de sus hermanos, quienes siempre le acompañaban en estas ocasiones.

Muertes, habría muchas. Propósito: liquidar aquel monstruo y luego el sálvese quien pueda, cubiertos por la segura confusión. Por otra parte, había que aprovecharlo todo, pues ya Trujillo olía algo.

UNA NOTICIA ANGUSTIOSA

En efecto, dos semanas antes del 30 de Mayo, me llamó desde Santiago el señor Miguel A. Santelises -Pilo- y llevándome al fondo del corredor o galería de su casa, me dijo: *“Quiero que sepas que te llevo confianza y sé lo que eres para Antonio de la Maza. Antonio está muerto, aquí ha pasado algo grave. Mira, el Jefe me ha preguntado qué hace de la Maza”* (Antonio tenía meses viviendo prácticamente en la capital y había procurado la complacencia de amigos médicos para excusar su estadía), *“que si yo sé si está en los aserraderos y que a la gobernación de Santiago le han denunciado que ese hombre mal agradecido está conspirando. Al Jefe le debo mucho, pero Antonio es un hijo para mi... Ve enseguida a la capital y dile que yo no quiero saber lo que está haciendo, pero que se salve; de momento que aparente otra cosa, que se vaya a los aserraderos por algunos días y que vuelva a la capital cuando tenga obligación o necesidad sólo por el tiempo necesario. Pero tú vas y lo traes. A Trujillo se le ha metido la duda y Antonio se muere de momento”*.

En efecto, desde Santiago, confundido, me fui a La Vega en busca de Ernesto de la Maza, quien de inmediato viajó a Santo Domingo, en procura de Antonio. Efectivamente, éste se fue a la frontera con el propósito de estarse allí hasta el próximo miércoles, día 31 de mayo, pero su hija Lourdes, ya en Restauración, cayó enferma con un ataque de hepatitis y el domingo 28 o el lunes 29 -no tengo precisión- tuvo que regresar apresuradamente a Santo Domingo.

Así lo quiso el destino, porque sin la presencia de Antonio de la Maza, Trujillo hubiera realizado un viaje más a su finca *Hacienda Fundación...* y quién sabe...

LA PERMANENCIA DE DE LA MAZA EN LA CAPITAL

Al hacer el relato de la confidencia de Pilo Santelises, bien es que señale lo previsto para excusar la larga permanencia de de la Maza en Santo Domingo.

En efecto, se propagó la especie de que de la Maza estaba padeciendo de los riñones y el corazón; que se sentía enfermo. Juan Tomás Díaz le preguntaría a qué médico le tenía total confianza... y luego, él mismo recomendaría al doctor Nicolás Pichardo. No sé, pero creo que también se le habló a otro médico.

De esto puedo afirmar que fue lo que se trazó como estratagema para cubrir a de la Maza, sin poder afirmar lo mismo de su cumplimiento.

HOMENAJE AL HONOR Y A LA DECENCIA

Muerto Trujillo, però fracasado el plan por una serie de circunstancias que hoy podrían quizás ser aclaradas al través de una sana comprensión y voluntad, y ganados de la consciencia de que la verdad pertenece al pueblo, y a él se le debe, Imbert Barrera y Amiama Tió encontraron asilo seguro y salvaron la vida; Amado García Guerrero perseguido de cerca, acorralado, vendió cara la suya como todos los valientes; Antonio de la Maza y Juan Tomás Díaz, luego de pasar cuatro días en la casa amiga que no pudo cubrirles más, la casa del Dr. Robert Reid Cabral, y ante las noticias de que sus familiares estaban siendo masacrados y muertos en las cárceles de "La 40" y "El 9", se lanzaron al supremo sacrificio. Pidieron a Salvador Estrella y a Marcelino Vélez Santana, quienes les habían acompañado por circunstancias de última hora, que salieran y se presentaran, pensando que podrían salvarse... Y, luego, se lanzaron a la calle a buscar la muerte (vana esperanza de que con esto cesaría la tortura de los suyos); pasaron por la casa de Antonio Mota hijo: allí de la Maza dejó una nota y un sobre para su esposa. Luego, Antonio y Juan Tomás salieron a recibir la muerte, afirmando con su sacrificio la vergüenza de los grandes.

A la cárcel fue todo el resto de los conspiradores, salvo algunas excepciones. Casi en pleno la familia de la Maza Vásquez, incluyendo a don Vicente de la Maza con 83 años cumplidos; parte de la familia Vásquez de Moca; el padre de la familia García Vásquez, con 82 años, y sus tres hijos; la familia Díaz Quezada, esposa, allegados y dependientes; los choferes y personal de servicio de los de la Maza y los Díaz; la familia Imbert Barrera y sus parientes; la familia Amiama Tió y sus parientes; el doctor Rafael Batlle Viñas, sus hijos y Mario Batlle Viñas; el doctor Durán Barrera; Piro Estrella, sus hijos; los generales García Urbaez, Estrella y las esposas de todos los presos; Roberto Pastoriza, su esposa y tío, al igual que sus primos; Huáscar Tejeda Pimentel, su esposa y hermano Luis, así como dos primos que habían pertenecido a la marina; el padre de Amado García Guerrero, Hermógenes; Luis Manuel Cáceres y sus hijos Tunti y Octavio; Carlos Vélez Santana; Miguel Angel Bissié; y el general Román Fernández.

Esto en las cárceles de "El 9", que centró las torturas y la investigación del proceso criminal y la pasión enfermiza de los hijos y los carceleros del déspota ajusticiado.

SE INICIA LA MATANZA

Mario y Bolívar de la Maza, trasladados a la fortaleza de La Vega en la madrugada del día 31 de mayo, a escasas horas después de ser ajusticiado Trujillo, fueron sacados por orden de Petán Trujillo de la celda común en que había unos treinta prisioneros, encerrados en solitarias, y muertos a palos en el patio de la misma fortaleza ante la presencia de Petán. Un viejo servidor de Juan Tomás Díaz, su barbero, y otros fueron asesinados en "La 40" y "El 9", junto a algunos inocentes. En ceba de venganza rindieron sus vidas Juan Tomás Díaz Astacio, Miguel Angel Báez Perelló, Pablo Antonio de la Maza (Pirolo)...

Aquí cabe un alto para recoger un capítulo que no debe olvidarse.

VICENTE DE LA MAZA Y RAMFIS TRUJILLO

La noche del 4 de junio, como lo venía haciendo desde el día 2, Ramfis hizo su aparición en las cámaras subterráneas de "El 9", rodeado de su leal oficialidad y de sus sicarios predilectos. (Antonio de la Maza acababa de ser muerto, junto a Juan Tomás Díaz, cerca del Parque Independencia).

Ramfis se llegó junto a la celda en donde se encontraba don Vicente de la Maza, quien, tirado en el suelo descansaba su cabeza sobre mis muslos, y le llama: *"Vicente de la Maza"*, y repitió nuevamente el nombre.

No recuerdo si Carlos Vélez Santana, o quien, le tocó a don Vicente de la Maza y le dijo: *"le llaman"*... Don Vicente se levantó y yo junto con él... Estábamos cerca de las rejas, a la puerta en donde se encontraba Ramfis, quien le pregunta: *"¿Es usted Vicente de la Maza?"* y sin esperar contestación, le dijo: *"Su hijo Antonio acaba de morir de cuatro balazos en el pecho..."* Para cortar la escena dije: *"este señor es sordo"*. A lo que replicó Ramfis: *"dígaselo al oído"*.

Se separó de la puerta aquel monstruo de cinismo, unos dos o tres pasos, y ordenó traer a su presencia a Pablo Antonio de la Maza Vásquez. Se le trajo lo que quedaba de aquel mozo fuerte y joven, y con la misma insolencia, la misma vanidad, la misma estampa del padre ajusticiado, le dijo a aquella criatura que había ya dejado de ser: *"su hermano Antonio acaba de morir de cuatro balazos en el pecho... usted morirá mañana."*

Y así fue, pero, mientras, aferrado a los hierros de la puerta de la celda, se levantaba la figura de aquel hombre de 83 años (él y mi padre eran los prisioneros de mayor edad), que ya había renunciado a sus hijos. Me lo afirmó el día miércoles de la semana inicial de mayo, primera vez que llevé a Mario de la Maza a Santo Domingo, diciéndome: *"Dile a Antonio que ya están todos mis hijos, que se cuide de no fracasar, que se mueran todos, pero que no fracase"*. Y gritó: *"Llaman al general Trujillo, que yo también tengo que decirle algo"*. Y lo repitió una segunda vez con voz firme y desafiante. Su mirada estaba más allá de la vida y de la muerte y se le leía el peso del honor con el que iba a aplastar al

símbolo de lo despreciable. Pero cumplida su bajeza, Ramfis dio la espalda y salió de aquella sala de crímenes y de terror.

POR QUÉ MARCELINO VÉLEZ SANTANA SE HALLABA JUNTO A JUAN TOMÁS Y A DE LA MAZA

Consumado el ajusticiamiento, cuando el grupo que asistió a la autopista fue a la casa de Juan Tomás Díaz, y en el baúl del carro Chevrolet de de la Maza se encontraba el cadáver de Trujillo, con Pedro Livio Cedeño herido, se comisionó al doctor Bienvenido García Vásquez para buscar un médico que lo atendiese. De los médicos de confianza eligió al doctor Marcelino Vélez Santana. El doctor García Vásquez fue por él; le enteró de lo que sucedía y Vélez Santana acompañó a Bienvenido García a la casa de Juan Tomás. Un rápido examen le convenció de que era necesario una intervención quirúrgica inmediata.

Entre Bienvenido García y Vélez Santana se llevaron a Cedeño a la Clínica Internacional. Detuvieron el vehículo, una Opel Caravan de Juan Tomás Díaz, antes de llegar a la clínica. García Vásquez dejó el vehículo, entró a la clínica y se dirigió en busca del doctor Damirón. Allí pidió que no se diese información del caso hasta el día siguiente. Bajó y, en concierto con el doctor Damirón, se dejó al herido Pedro Livio Cedeño en la puerta de la clínica en donde el doctor Damirón, quien salió a propósito, encontró, al herido.

Luego de esto, al regresar a la residencia de Juan Tomás Díaz, el doctor Vélez, ya comprometido, decidió permanecer junto a Juan Tomás y a de la Maza, mientras Bienvenido García Vásquez, ya pasadas las once de la noche, se fue por recomendación de Juan Tomás, junto a la señora de éste, Cristiana Díaz, sus hijos y su propia esposa, a buscar un lugar más seguro.

EN LA CÁRCEL: EL RETRATO

Tan sólo recogeremos del séptimo círculo del crimen y la tortura, las escenas de las cárceles de "La 40" y las subterráneas

de "El 9", como a manera de hitos que marquen la consciencia de los pueblos, le eviten el descenso moral a que nos llevó la tiranía y les edifiquen en el culto de aquellos que merecen no ser olvidados.

En el aquelarre terrible de aquellas torturas sin pausa, pretendiendo dominar las conciencias, los cuerpos de los prisioneros sospechosos de complicidad en el ajusticiamiento eran destrozados poco a poco, pero las torturas sólo servían (quizás hay la excepción que callamos y que es mejor olvidar) para levantar a aquellos hombres y darle plenitud de razón a Juan Tomás Díaz, infatigable en su afirmación de: *"No teman, que esto está entre hombres decentes y hay que creer en la decencia o más vale hundirse"*. A tanto llegó que a su mujer la enteró de cuanto se perseguía.

Huáscar Tejeda en un momento en el que temiera debilidad en su cuerpo, intentó quitarse la vida antes que disminuir en dignidad; Miguel Angel Bissié, de regreso de la silla eléctrica, todo agarrotado, parecía desfallecer y, me confesó: *"Don Antonio, no aguanto más; si me llevan de nuevo tendré que decirlo todo"*. Bastó decirle: *"Nadie te lo impedirá, pero creí podríamos enseñarles que somos distintos, que tenemos dignidad"*. Y entonces exclamó: *"Ha sido un momento de debilidad, no pasará, no pasará"*. Y llevado una y otra vez a torturas, sus labios se sellaron sin cometer ruindad.

Bienvenido García Vásquez, destrozado una y otra vez, sin proferir un grito, desoyendo el consejo de todos, se hizo soberbio en el desprecio a los verdugos.

Así se comportaron aquellos hombres, para mover a orgullo, hasta en el altivo silencio de Fernando Amiama Tió.

EL DESNUDO

Los instrumentos de tortura directa eran los siguientes:

Las esposas, cerradas hasta morder las carnes, colocadas brazos atrás por tres, cuatro, cinco días y hasta la misma muerte.

Las cuerdas, las de fibra vegetal, para atar a los condenados a la silla, o al palo de tortura, o de pies y de manos para crear las convulsiones desesperadas cuando se sometía a la tortura de las hormigas, esparcidas sobre el cuerpo del condenado y, en ocasiones, solamente en determinadas partes, en las pudendas, por ejemplo.

Pero lo que echaba por tierra la moral era el desnudo; sí, el desnudo, brazos atrás y tirados sobre el suelo, hacinados unos sobre otros, esperando el turno que habría de llegar, turno penetrante porque los ayes de los primeros lo tallaban como un grito y los ojos que miraban a las víctimas de laceración y martirio como una lanza de fuego.

EL DESODORANTE

Las torturas eran continuas, pero tenían su curva crítica cuando bajaban a la cámara fatal Ramfis, Radhamés, de León Estévez, con la corte de investigadores: el fiscal del Distrito Nacional, Lolito Tejada, y el mayor de leyes de la Aviación Militar Dominicana, abogados que pedían la verdad con una trailla en la mano derecha y el símbolo de su código, una metralleta, en la izquierda.

Para que la sangre de los heridos a garrotazos, latigazos, propinados con miembros de toros, alambres, etc., o, sajados a navaja, o para que los excrementos y orines de los condenados a la silla eléctrica o a las picanas eléctricas, dejados escapar al relajarse los esfínteres, no les turbase su fino olfato, un soldado esparcía uno, dos, tres botes de perfumador desodorante, dos o tres minutos antes de su entrada al sitio infernal.

Esta maldita práctica, usada con refinamiento y sagacidad, creaba un estado mental específico: la consciencia de que se estaba en la antesala del suplicio, la tortura y quizás la muerte, pero, ¿a quién le tocaría? Ese era el mayor tormento: la incertidumbre de la espera de esa agonía que satisfacía el cinismo y el morbo criminal de esos asesinos.

Y pasaban en busca de sus víctimas: Clodoveo Ortiz, Marino González Roa, Virgilio García Trujillo, Pérez Mercado, el veterinario doctor Castro, el Rubio, Juan Reyes, Eladio Ramírez y los leopardos de Johnny Abbes.

UNA ESCENA IMBORRABLE

Miguel Angel Báez Díaz fue el acento y la afirmación de lo que puede el ideal cuando sustancia una vida, de lo que puede el espíritu contra la mezquindad de la carne.

En un traslado de celda, quedé en el pasillo, junto a la solitaria en la que él y Modesto Díaz estaban encerrados. El último casi destrozado, Báez Díaz, en un regreso de la muerte, tocando los linderos de la vida. Nos reconocimos y entonces, los dos, ayudados el uno por el otro, puestos de rodillas, me pidieron hacer lo mismo.

Habló Miguel Angel: *“Nosotros dos moriremos. No temas, en nuestros labios no habrá delación. Cuida de nuestras familias. Eso te encargamos”*. Y nos penetramos por los ojos, el uno en gratitud inconfesada; los otros en una afirmación de serenidad absoluta, de sublimizada transportación espiritual.

CÓMO SE ESCUPE EL DESPRECIO

Ernesto de la Maza Vásquez, llevado la madrugada de la noche del ajusticiamiento a la fortaleza de La Vega y de allí a “La 40”; de complexión física extraordinaria, centraría desde el principio el odio, el salvajismo y la alcahuetería ruin de los verdugos Clodoveo Ortiz, Candito Torres, teniente Germán Pérez Mercado, Juan Reyes, etc.

Sus dientes destrozados a palos, su cuerpo molido, atasajado, fue sentado en la silla eléctrica, fijado a los electrodos, levantado sobre el asiento, materialmente izado con una cuerda atada a su órgano noble...

Así, entre una sacudida eléctrica y otra, en la pausa suficiente para que recobrara lucidez, la misma pregunta: *“¿Quién mató al*

Jefe?" y la valiente respuesta: "*Cien veces debió morir ese asesino...*" Y palabras que como la de cabrones, eran el coronamiento de la masculinidad.

A la intensidad de las torturas se iba multiplicando esa maravillosa afirmación de hombre, hasta que vencida la morbosidad de aquel grupo de chacales, apretaron firme el interruptor: ¡como si quisieran llegar más allá de la muerte! Todavía, cuando arrastraban el cuerpo contraído y semicarbonizado, el magnífico tórax, aquel espléndido pecho, se expandía: ¡afirmaba una casta de hombres!

(El coronel Germán Despradel, entre otros, presencié estos hechos)

LO IMPONDERABLE

Hasta para morir fue perverso y siniestro Trujillo. Si cae un miércoles o un jueves, nos encuentra a los grupos en pleno, o quizás, si el aviso de que iría ese martes a la *Hacienda Fundación* se hubiese dado a hora temprana de la tarde, como en otras ocasiones, y no casi a la prima noche.

El plan, respaldado en sus detalles por quienes le dieron calor a sus aspectos particulares, la asistencia de unos para con los otros, que infunde ánimos, la fusión de voluntades y la suma de pensamientos, de inteligencias en un esfuerzo común, todo esto hubiese contado en mucho en el éxito total de la empresa.

Otros aspectos y causas del fracaso, la razón de cierto quietismo, de cierto enervamiento, las intuyé, pero no puedo permitirme libertarlas; sólo en una mesa redonda de todos los interesados se podrían aclarar esos puntos oscuros.

POR QUÉ NO DOY LA VERSIÓN QUE MI HERMANO BIENVENIDO Y MIGUEL ANGEL BISSIÉ RECOGIERON DE LOS HECHOS DE LA AVENIDA GEORGE WASHINGTON DE LABIOS DE ANTONIO DE LA MAZA Y LA QUE IMBERT BARRERA ME DIO EN MI PRIMERA ENTREVISTA CON ÉL.

Por respeto a los hombres y a los hechos, quiero forzar la discusión abierta, noble, generosa, pero no caer en falta frente a uno cualesquiera de los integrantes de la conspiración, razón suficiente para que se les guarde en su nombre, sólo dejo el apunte, sin traslucir posición alguna. Sólo reclamo se borren dudas y que en el camino mejor hagamos la luz de este acontecimiento mayor en la epopeya dominicana.

Y algo más, porque Trujillo muerto en esa forma, ¡es redención para la vergüenza y la dignidad del pueblo dominicano!

(Firmado)

Eduardo Antonio García Vásquez

Madrid, España, 1963"



Dr. Eduardo Antonio García Vásquez
Lima, Perú, 1978